

miraba sin comprender. Pero en seguida recordó: el matrimonio, el consentimiento de Buteau, todo aquel asunto que consideraba dos horas antes como ventajoso para ella y para él. Apresuróse á decir:

—Sí, sí, esperemos; eso es mejor.

Venía la noche, y en el cielo brillaba ya una estrella color de violeta. En el crepúsculo creciente no se distinguían más que los vagos contornos de los primeros pajares que salpicaban la extensión rasa de las praderas. Pero los olores de la tierra caliente se esparcían con más fuerza en la serenidad del aire, y los ruidos se oían mejor, prolongados con una limpidez musical. Eran voces de hombres y de mujeres, risas que se apagaban, el relincho de un animal, el choque de una herramienta, mientras que los segadores trabajaban siempre sin descansar, agrupándose en un rincón de prado; y lleno, regular, subía todavía el silbido de las hoces, de aquel trabajo que ya no se veía.

V.

Habían transcurrido dos años en aquella vida activa y monótona de los campos, y Rognes había visto, con la vuelta fatal de las estaciones y el eterno andar de las cosas, los mismos trabajos, los mismos descansos.

Había allá abajo, en el camino, en el rincón de la escuela, una fuente de agua viva, adonde bajaban todas las mujeres por el agua para la comida, pues en las casas no tenían más que para las bestias y para el riego. A las seis de la tarde, aquel

era el mentidero del país; los menores acontecimientos encontraban allí un eco, y se entregaban allí á comentarios sin fin sobre que éstos habían comido un jigote, acerca de la hija de aquéllos, embarazada desde la Candelaria; y durante aquellos dos años habían rodado los mismos chismes, volviendo y repitiéndose, siempre de niños hechos muy pronto, de hombres borrachos, de mujeres abofeteadas, mucho trabajo y mucha miseria. ¡Habían sucedido tantas cosas, y siempre lo mismo!

Los Fouan, cuya donación de bienes había apasionado mucho, vegetaban tan escondidos, que se les olvidaba. El negocio había quedado en tal estado; Buteau se obstinaba y no se casaba con la mayor de las Mouche, que criaba á su hijo. A Juan se le había acusado de dormir con Elisa, aunque acaso ya no dormía; ¿pero por qué entonces continuaba visitando la casa de las dos hermanas? La chismografía de la fuente había languidecido algunos días sin la rivalidad de Celina Macqueron y de Flora Lengaigne, que la Becú lanzaba una contra otra con el pretexto de reconciliarlas. Luego, cuando había más calma, acababan de estallar grandes acontecimientos: las próximas elecciones y la cuestión del famoso ferrocarril de Chateaudun que avivaron la chismografía. Las vasijas ya llenas estaban en fila y las mujeres no se iban. Era un sábado.

Precisamente al día siguiente, el señor de Chevillat, diputado saliente, almorzaba en la granja de la Borderie con Hourdequin. Hacía su expedición electoral y trataba de conquistar á éste, muy influyente en el distrito, aunque estuviese casi cierto de ser reelegido, gracias á su título de can-

didato oficial. Había ido una vez á Compiègne, todo el país le llamaba «el amigo del Emperador», y esto bastaba; se le consideraba como si viviese en las Tullerías. Este señor de Chedeville era un antiguo elegante, la flor del reinado de Luis Felipe, guardando en el fondo del corazón afecciones orleanistas, y que se había arruinado con las mujeres. No poseía más que su granja de la Chama-de, donde jamás ponía los pies más que en tiempo de elecciones, descontento por otra parte de los productos que bajaban, y lleno de una ambición política, con una vaga idea de rehacer su fortuna en los negocios. Alto, todavía elegante, el busto apretado y los cabellos teñidos, se conmovía al al ver una saya, por modesta que fuera, y preparaba, según se decía, importantes discursos sobre las cuestiones agrícolas.

La víspera, Hourdequin había tenido una violenta cuestión con Santiaguilla que quería también tomar parte en el almuerzo.

—¡Tu diputado! ¡tu diputado! ¿Crees que me le voy á comer?.... ¿O es que te avergüenzas de mí?

Pero él se mantuvo firme y no hubo más que dos cubiertos, y ella rabiaba á pesar del aire galante del señor de Chedeville, que habiéndola visto, lo había comprendido todo, y volvía sin cesar los ojos hacia la cocina, adonde ella había ido á encerrarse dignamente.

El almuerzo tocaba á su fin, una trucha del Aigre después de una chuleta y dos pichones asados.

—Lo que nos pierde—dijo el señor de Chedeville—es esa libertad comercial de que el Empe-

rador se ha enamorado. Sin duda las cosas han marchado bien después de los tratados de 1861, y se ha creído en un milagro. Pero hoy los verdaderos efectos se dejan sentir; ya veis cómo los precios bajan. Yo estoy por la protección; es preciso que se nos defienda contra el extranjero.

Hourdequin, reclinado en su silla, sin comer y con la mirada vaga, habló lentamente.

—El trigo, que está á diez y ocho francos el hectolitro, cuesta diez y seis producirlo. Como baje más, esto será la ruina.... Y todos los años, según se dice, América aumenta sus exportaciones de cereales, que amenazan nuestros mercados con una verdadera inundación. ¿Qué va á pasar?.... Mirad, yo he estado siempre por el progreso, por la ciencia, por la libertad. ¡Pues bien; vacilo, palabra de honor! ¡Sí, por mi fe, no podemos morir de hambre; que se nos proteja!

Volvió á su alón de pichón y continuó:

—¿Sabéis que nuestro contrincante, el señor Rochefontaine, el propietario de los talleres de construcciones de Chateaudun, es un librecambista rabioso?

Hablaron un instante de este industrial, que ocupaba de mil á mil doscientos obreros; un mozo inteligente y activo, muy rico, dispuesto á servir al Imperio; pero herido por no haber podido obtener el apoyo del prefecto, y que se había obstinado en presentarse como candidato independiente. Pero los electores de los campos le trataban como enemigo público desde el momento en que no estaba con el más fuerte.

—¡Diablo!—añadió el señor de Chedeville—el

no pide más sino que el pan esté barato, para pagar menos á sus obreros.

El dueño de la granja, que iba á llenar un vaso de Burdeos, dejó la botella sobre la mesa.

—¡Eso es lo malo!—exclamó.—De un lado nosotros los campesinos, que tenemos necesidad de vender nuestros granos á un precio que compense nuestros trabajos; y del otro la industria que fuerza la baja para disminuir los salarios. Esto es una guerra encarnizada que no sé cómo va á concluir. ¿Lo sabéis vos?

En efecto, era el terrible problema de estos tiempos, el antagonismo que mina el cuerpo social. La cuestión era muy superior á los conocimientos del antiguo elegante, que se contentó con mover la cabeza, haciendo un gesto evasivo.

Hourdequin, que había llenado su vaso, lo vació de un trago.

—Esto tiene que acabar..... Si el campesino vende bien su trigo, el obrero se muere de hambre; si el obrero come, el campesino se muere. De modo que tenemos que devorarnos los unos á los otros.

Después, con los codos sobre la mesa, se desahogó violentamente, y su oculto desprecio por aquel propietario que no cultivaba la tierra que le alimentaba, advertíase en cierta vibración crónica de su voz.

—Me habéis pedido hechos para vuestros discursos..... Pues bien, el primero es que vos tenéis la culpa si se pierde la Chamade. El colono que tenéis allí se abandona, porque su arrendamiento está para terminar y sospecha vuestra intención de aumentarlo. No se os ve nunca, se burlan de

vos y os roban: ¡nada más natural!..... Además, hay en vuestra ruina una razón más sencilla: es que nos arruinamos todos; es que la Beauce se agota, sí, ¡la fértil Beauce, la nodriza, la madre!

Continuó: En su juventud, la Perche, del otro lado del Loir, era un país pobre, de escaso cultivo, casi sin cereales, y cuyos habitantes venían á segar á Cloyes, á Chateaudun, á Bonneval; y hoy, gracias á la subida constante de la mano de obra, he aquí que la Perche prospera, que bien pronto valdrá más que la Beauce, sin contar que se enriquecía con la alza, pues los mercados de Mondoubleau, de Saint-Calais y de Courtalain proveían al país de caballos, de bueyes y de cerdos. La Beauce no vivía más que de los carneros. Dos años antes, cuando la roña los había diezmado, atravesó una crisis terrible, hasta el punto de que si esto continúa morirá.

Y refirió sus luchas, su historia, sus treinta años de batalla con la tierra, de la cual salía más pobre. Siempre le habían faltado los capitales; no había podido trabajar ciertos campos como habría querido. Siempre la historia de los abonos; no se empleaba más que el de las granjas, que era insuficiente; todos sus vecinos se burlaban de verle emplear abonos químicos, cuya mala calidad daba, por otra parte, la razón muchas veces á los que se reían. Una sola máquina, la de trillar, iba siendo aceptada. Aquello era el enmohecimiento mortal, inevitable, de la rutina; y si él, progresista, inteligente, se dejaba invadir por ella, ¿qué sucedería á los campesinos, cabezas duras, hostiles á las novedades? Un campesino se moriría de hambre antes que tomar un puñado de su tierra y

llevarse a un químico para que la analizase. No, el campesino tomaba siempre al suelo sin pensar en devolverle nada, no conociendo más estiércol que el de sus dos vacas y el de su caballo; luego lo demás iba como Dios quería; se echaba la semilla á la tierra, germinaba al azar, y si no germinaba se injuriaba al cielo. El día en que instruido al fin se decidiera á emplear un cultivo racional y científico, la producción se duplicaría. Pero hasta allí, ignorante, obstinado, sin un cuarto, mataría la tierra. Así era como la Beauce, el antiguo granero de la Francia; la Beauce, llana y sin agua, que no tenía más que sus granos, se moría poco á poco de agotamiento, cansada de ser sangrada y de alimentar á un pueblo imbecil.

—¡Ah! todo daña al campo—exclamó.—Sí, nuestros hijos verán la quiebra de la tierra. Sabéis que nuestros campesinos, que antes arrojaban sueldo á sueldo el precio de unos terrones, hoy compran valores financieros, españoles, portugueses, hasta mejicanos. ¡Y no arriesgarán ni cien francos para mejorar una hectárea! No tienen confianza; los padres se revuelven en su rutina como bestias, y las hijas y los hijos no piensan más que en ordeñar las vacas y en verse libres del trabajo para irse á las poblaciones..... Pero lo peor es que la instrucción, ya sabéis, la famosa instrucción que debía salvarlo todo, activa esa emigración, esa despoblación de los campos, dando á los hijos vanidad y el gusto del falso bienestar..... ¡Mirad! En Rognes tienen un profesor, ese Lequen, un mocetón escapado de la carreta, devorado de rencor contra la tierra que ha tenido que cultivar; pues bien, ¿cómo queréis que él haga amar su con-

dición á sus discípulos, cuando todos los días los trata de salvajes, de brutos, y los envía al estercolero paternal con el desprecio de un letrado?..... ¡El remedio, Dios mío, el remedio sería seguramente tener otras escuelas, una enseñanza práctica, cursos graduados de agricultura!..... He aquí, señor diputado, un hecho que os señalo. Insistid allá arriba, la salvación está en las escuelas, si todavía es tiempo.

El señor de Chedeville, distraído, lleno de mal-estar bajo aquella masa de documentos, se apresuró á responder:

—Sin duda, sin duda.

Y como la criada llevase los postres, queso y frutas, dejando abierta la puerta de la cocina, apareció el lindo perfil de Santiaguilla, y se inclinó guiñando los ojos y moviéndose para llamar la atención de la amable muchacha; luego añadió con su voz dulzona de antiguo conquistador:

—Pero no me habláis de la pequeña propiedad.

Expresaba las ideas corrientes: la pequeña propiedad, creada en el 89, favorecida por el Código, estaba llamada á regenerar la agricultura; en fin, todo el mundo propietario, cada cual poniendo su inteligencia y su fuerza en cultivar su tierra.

—¡Dejadme en paz!—declaró Hourdequin. La pequeña propiedad existía antes del 89, y en gran proporción. Además, hay mucho que decir sobre la repartición, bueno y malo.

De nuevo, con los codos en la mesa, comiendo cerezas, entró en detalles. En Beauce, la pequeña propiedad, la herencia por bajo de veinte hectáreas, era de ochenta por ciento. Desde hacía algún tiempo, casi todos los jornaleros, los que se en-

ganchan en las granjas, compraban parcelas, lotes de grandes propiedades desmembradas, que cultivaban á ratos perdidos. Esto, ciertamente, era excelente, porque así el jornalero se ligaba á la tierra. Se podía añadir en favor de la pequeña propiedad, que hacía á los hombres más dignos, más orgullosos, más instruidos. En fin, ella producía proporcionalmente más y de mejor calidad. Pero ¡qué inconvenientes por otra parte! Desde luego aquella superioridad era debida á un trabajo excesivo: el padre, la madre, los hijos, se mataban á trabajar para vivir; y hasta era tan duro aquel trabajo, que acababa por despoblar los campos. Después la distribución, multiplicando los transportes, deterioraba los caminos, aumentaba los gastos de producción, sin hablar del tiempo perdido. Cuanto al empleo de las máquinas, era imposible para las propiedades pequeñas. En una palabra: la división á todo trance de tal modo podía ser un peligro, que después de haberla favorecido legalmente, al día siguiente de la revolución, por temor á la reconstitución de los grandes dominios, había que facilitar el cambio.

— ¡Escuchad bien — continuó; — se entabla y se agrava la lucha entre la grande y la pequeña propiedad..... Los unos, como yo, están por la grande, porque parece ir en el mismo sentido de la ciencia y el progreso, con el empleo de las máquinas; con el rodar de los grandes capitales..... Los otros, al contrario, no creen más que en el esfuerzo individual y preconizan la pequeña y sueñan con no sé qué cultivo, produciendo sus abonos cada cual y cuidando sus terrones, echando sus semillas una á una, dándoles la tierra que pi-

den y cultivando aparte cada planta en estufa..... ¿Cuál de las dos vencerá? ¡Al diablo si lo sospecho! Sé bien, como decíais, que todos los años grandes granjas arruinadas se desmembran alrededor mío en manos de bandas negras, y que la pequeña propiedad gana ciertamente terreno. Conozco además en Rognes un ejemplo bien curioso: una vieja que saca de menos de una tahulla para ella y para su hombre, un verdadero bienestar, hasta regalo; sí, la tía *Caca*, como la llaman, precisamente á causa de que vierte sus excrementos y los de su marido en sus legumbres, según el método de los chinos, á lo que parece. Pero esto no sirve para los cereales; y si para bastarse el campesino debe producir de todo, ¿qué sería de nuestros beaucerones con sus cereales únicamente? En fin, el que viva verá.....

Y se interrumpió gritando:

— Y ese café, ¿para cuándo es?

Luego, encendiendo su pipa, concluyó:

— A menos que no se mate á la una y á la otra en seguida; y esto es lo que se va en camino de hacer..... Decid que la agricultura agoniza, señor diputado; que está muerta si no se la socorre. Todo contribuye á ello: los impuestos, la competencia extranjera, el alza continua de la mano de obra, la evolución del dinero que va hacia la industria y hacia los valores financieros. ¡Ah! ciertamente, no se escasean las promesas, todos las prodigan, los prefectos, los ministros, el emperador, y luego, nada..... ¿Queréis la verdad desnuda? Hoy un labrador, para sostenerse, se come su dinero ó el de los demás. Yo tengo algunos sueldos de reserva, y esto va bien. Pero conozco á

quien toma préstamos al cinco cuando las tierras no dan más del tres: fatalmente viene la ruina. Un campesino que toma dinero á préstamo es hombre perdido: perderá hasta la camisa. La otra semana se ha expulsado á uno de mis vecinos: el padre, la madre y cuatro hijos echados á la calle, después que los curiales se comieron los animales, la casa y las tierras. Sin embargo, hace años que se nos promete la creación de un crédito agrícola con intereses razonables. ¡Sí, sí, ya llega! ¡Y esto disgusta hasta á los buenos trabajadores que se miran mucho antes de hacer un hijo á sus mujeres! ¡Gracias! ¡Una boca más, uno que se morirá de hambre y renegará de la vida! Cuando no hay para todos no se tienen hijos y la nación perece.

El señor de Chedeville, decididamente molesto, arriesgó una sonrisa inquieta murmurando:

— No véis las cosas muy bien.

— Es verdad, hay días en que yo lo echaría todo á rodar—respondió alegremente Hourdequin.— Así hace treinta años que duran estas tonterías..... Yo no sé por qué me he obstinado de este modo; debía hacer otra cosa. Sin duda las costumbres, y luego la pasión, ¿por qué no decirlo? Esa maldita tierra, cuando os coge, ya no suelta..... Mirad sobre ese mueble, será una tontería, pero me consuelo cuando veo eso.

Con la mano extendida señalaba una copa de plata, protegida contra las moscas por una gasa: el premio de honor ganado en un certámen agrícola. Aquellos certámenes donde triunfaba, eran el aguijón de su vanidad, una de las causas de su obstinación.

A pesar del evidente cansancio de su convida-

do, no se apresuraba á tomar el café; vertía coñac en su taza por la tercera vez, cuando habiendo sacado su reloj, se levantó sobresaltado.

— ¡Diablo! ¡las dos, y tengo sesión en el Ayuntamiento!..... Trátase de un camino. Consentimos en pagar la mitad, pero queríamos una subvención del Estado para lo demás.

El señor de Chedeville se había levantado contento al verse libre.

— Yo puedo seros útil, yo os conseguiré la subvención. ¿Queréis que os lleve á Rognes en mi cabriolé, puesto que tenéis prisa?

— ¡Perfectamente!

Y Hourdequin salió para hacer enganchar el carruaje, que estaba en medio del patio. Cuando volvió no encontró al diputado, y luego lo vió en la cocina. Allí estaba sonriente delante de Santiaguilla, y tan cerca, que casi se rozaban los rostros; los dos se habían gustado, se habían comprendido y se lo decían con elocuentes miradas.

Cuando Chedeville hubo subido al carruaje, la Cognette retuvo un momento á Hourdequin para decirle al oído:

— Es más amable que tú, y no le parece bien que yo me oculte.

En el camino, mientras que el carruaje rodaba por entre los sembrados, el agricultor volvió á la tierra, su eterno cuidado. Presentaba ahora notas escritas, cifras, porque él, desde hacía algunos años, llevaba una contabilidad. En la Beauce no había tres que hicieran otro tanto, y los pequeños propietarios, los campesinos, se encogían de hombros sin comprenderlo siquiera. Sin embargo, únicamente la contabilidad establecía la situación é